3 HISTORIAS EN 1

SABINE
REY
PADMÉ

STAR WARS
FUERZAS DEL DESTINO

Aventuras audaces: volumen 1

Planeta Junior

Disfruta de tres nuevas y emocionantes aventuras de algunos de tus héroes favoritos de Star Wars!

Rey y su nuevo amigo BB-8 se enfrentan a los peligros ocultos en las arenas de Jakku; la rebelde Sabine Wren necesita la ayuda de un amiga para proteger un preciado cargamento; Padmé Amidala se confronta a una cazarrecompensas con la ayuda de la padawan Ahsoka. Estas historias tienen toda la acción y diversión de una galaxia muy, muy lejana.

Aventuras audaces: volumen 1

Emma Carlson Berne

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Forces of Destiny: Daring Adventures: Volume 1*

Autora: Emma Carlson Berne

Traducción: José Eduardo Ruiz Millán

Publicación del original: agosto 2017

unos 19 años antes, 5 años antes, y 34 años después de la batalla de Yavin

Aporte: Darth Neurus

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

18.02.18

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

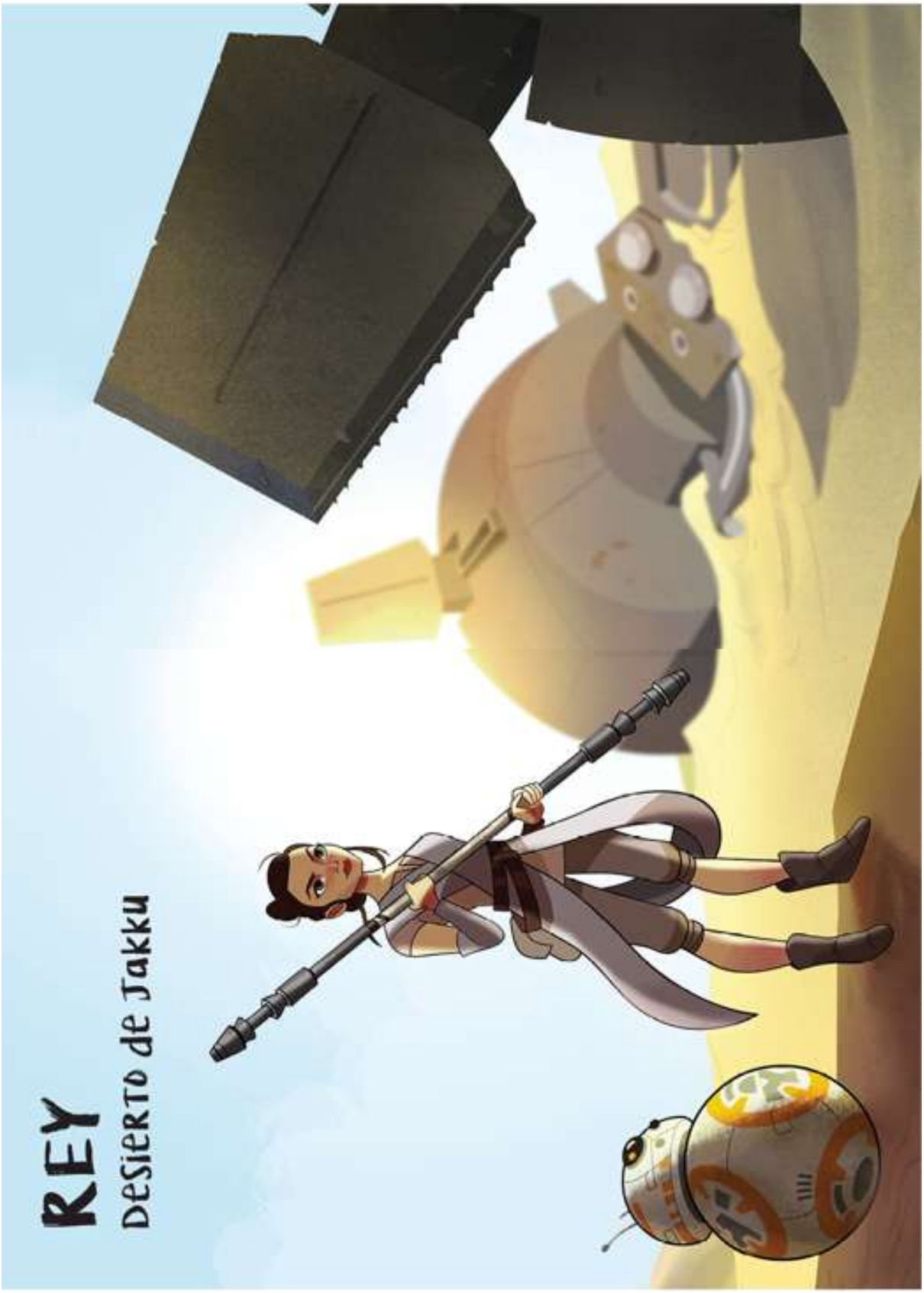
Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Rebel


REY
DESIERTO DE JAKKU

Un mensaje de Maz

Me alegra que hayas venido a verme. ¡Acércate! No tengas pena. Este es mi lugar favorito. Mira a tu alrededor, ¿ves el cielo estrellado? He vivido muchos años, pero nunca me he cansado de ver las estrellas aquí sentada, sobre una piedra, frente a una fogata al lado del lago; además, tengo té. Ven, ayúdame a colocar las hojas en la tetera. Apriétalas primero, eso ayuda a soltar un poco el sabor. Es un delicioso té especiado de nysillim.

Ya tenemos nuestro té y estamos frente a la fogata, que arroja chispas naranjas hacia el cielo. Sé a qué viniste. Cuentos, ¿no es así? Sí, veo que estoy en lo correcto. Y vaya que tengo muchas historias que contar, relatos sobre verdaderos héroes. Ciertamente he conocido a muchos a través de la galaxia. Acércate y escucha, aprende lo que se necesita para ser un verdadero héroe. Y, recuerda, las decisiones que tomamos, las acciones que llevamos a cabo y los momentos, grandes y pequeños, nos convierten en fuerzas del destino.

CAPÍTULO 1

Rey caminaba por el desierto de Jakku; sus botas se hundían en la arena, tan suave como el talco, y su báculo le colgaba de la espalda. El pequeño droide astromecánico que acababa de rescatar, BB-8, rodaba a su lado. Un teedo lo había recogido y atrapado en una red que llevaba en uno de los costados de su luggabeast. Los teedo eran impredecibles, nunca sabías qué esperar de ellos, así que había tenido suerte de que este le hubiera hecho caso cuando le pidió que soltara al droide.

Rey volteó hacia abajo para ver al droide: su cuerpo esférico rodaba mientras su pequeña cabeza se balanceaba sobre él. Estaba manchado de tierra, pero al menos Rey le había arreglado su antena doblada.

—¿Cómo te encontró el teedo? —le preguntó a BB-8.

El droide zumbó un poco.

—Ah, es clasificado. Entiendo. Es un gran secreto —resopló Rey.

BB-8 pitó suavemente.

Rey hizo una pausa. Había olvidado la última vez que alguien le dio las gracias.

—De nada —respondió con rigidez.

BB-8 aceleró para rodar a su lado y dejó escapar un ligero zumbido.

Rey bajó la mirada para ver al redondo droide. Sin darse cuenta, había empezado a caminar rápidamente hacia el AT-AT al que llamaba hogar. Desaceleró el paso para que el droide la alcanzara.

—Lo siento, pequeño —agregó—. No estoy acostumbrada a caminar al lado de alguien.

Reflexionó sobre la verdad de eso. Siempre estaba sola, sin importar si se encontraba trabajando, vendiéndole chatarra al comerciante Unkar Plutt o en su casa, dentro del AT-

AT. Aun cuando estaba rodeada de otras personas, como en el Puesto de Niima, se sentía sola.

Hasta ahora.

Después de tanto tiempo sola, se sentía raro caminar por el desierto con alguien más. Raro, pero no mal. De hecho, se sentía bastante bien, como si tuviera un amigo. O una familia.

El cielo comenzó a oscurecer y abrió paso a un atardecer morado. Ella tenía hambre. Ese día, Unkar Plutt le dio apenas una cuarta porción de comida a cambio de la chatarra que ella había recolectado, a pesar de que esta incluía partes valiosas de una nave espacial. Rey se detuvo y se agachó.

—El Puesto de Niima está al noroeste de aquí, ¿entiendes? —Señaló hacia los peñascos que enmarcaban la villa—. En speeder me tardo más o menos dos horas en llegar; tú te tardarás un poco más, pero el terreno es plano. Sigue derecho y, finalmente, llegarás.

Volvió a voltear hacia abajo para ver la pequeña cabeza blanca del droide y sintió cómo una sensación extraña le subía por la garganta. Decidió tragársela y lo acarició con firmeza.

—Cuídate, por favor. Especialmente de los gusanos nightwatcher. Los viejos chatarreros cuentan que los gusanos pueden sentir las vibraciones de la arena y observar a las personas que estacionan sus naves o speeders. Después se comen su chatarra. Hay muchos por aquí.

En realidad, ella nunca se había topado con un nightwatcher, pocos los habían visto. Algunos los llamaban sandborers. Un viejo carroñero se refería a ellos como «terrores nocturnos arconianos». Normalmente permanecían bajo la arena, aunque, en una o dos ocasiones en que había regresado tarde, llegó a ver un par de grandes ojos rojos que la miraban sobre la superficie. Aquello era un gusano nightwatcher y, aunque Rey sabía que no estaba en peligro, su speeder y su red llena de chatarra sí que lo estaban. Siempre sentía escalofríos y se apresuraba, no quería que sus pertenencias se convirtieran en la cena de aquella cosa.

BB-8 pitó, indignado.

—Sé que no eres chatarra, pero ellos podrían pensar que sí, así que mantente alerta, ¿de acuerdo? —Rey se dio la vuelta, dispuesta a no mirar atrás.

Casi al instante escuchó un zumbido detrás de ella. Rey se detuvo y se dio la vuelta.

BB-8 estaba solo en el enorme desierto con la cabeza gacha. Él la volteó a ver y soltó un triste pitido.

—Está bien. ¡Está bien! —suspiró Rey—. Puedes quedarte conmigo, pero sólo esta noche. Te llevaré al Puesto en la mañana.

CAPÍTULO 2

BB-8 rodaba alegremente a su lado mientras el gigantesco sol de Jakku se escondía en el horizonte, ardiendo con sus tonos rojos y anaranjados. El estómago de Rey crujió y la chica pensó en lo que había comido antes: sólo un cuarto de porción. Debía encontrar una forma de conseguir más.

El zumbido se detuvo; entonces se dio cuenta de que BB-8 ya no estaba a su lado. Rey volteó y encontró al droide mirando fijamente algo en la arena.

—¡Vamos, BB-8! —gritó Rey.

El viento nocturno había comenzado a soplar y su cabello revoloteaba frente a su cara.

—No queremos estar en las llanuras cuando oscurezca.

El droide pitó con urgencia.

—Espera. ¿Qué ves? —Rey se detuvo y su pulso se aceleró.

Dos luces rojas se elevaron de la arena y, tan rápido como surgieron, desaparecieron. La mano de Rey empezó a acercarse al báculo en su espalda. Sigilosamente lo sujetó con fuerza: estaba lista.

—No te muevas —susurró—. No… te... muevas. Ese es un gusano

nightwatcher. Te dije, se alimenta de chatarra.

El droide dejó escapar un temeroso chillido. Después, se mantuvo perfectamente quieto. Rey aguantó la respiración. Los ojos volvieron a aparecer. Ahora también podían ver la cabeza, era como un triángulo invertido y cada ojo estaba en esquinas opuestas.

Esperaron. El corazón de Rey latía con tanta fuerza que se preguntó si el nightwatcher podría escucharlo. Casi pudo sentir su cuerpo enredado bajo la arena donde estaban parados. Un instante le pareció una eternidad silenciosa. BB-8 se mantuvo inmóvil, ni siquiera su antena tembló.

La arena se movía debajo de ellos. Los ojos se acercaban cada vez más.

—¡*Ahora* corramos! —gritó Rey. Corrió tan rápido como pudo hacia su AT-AT; BB-8 la siguió, rodando a su lado.

La suave arena escurridiza se resbalaba bajo sus pies, lo que hizo que tropezara y casi cayera al suelo. BB-8 se dio cuenta y se acercó a ella, dándole un pequeño empujón; por un segundo, Rey se sujetó de su cabeza redonda.

—¡Gracias! —suspiró Rey—. Eres un verdadero amigo.

El pitido de BB-8 se aceleró hasta convertirse en un agudo chillido.

El suelo volvió a moverse mientras el nightwatcher los seguía bajo la arena.

—¡Seguramente no ha comido hoy! ¡Apúrate! ¡Necesitamos encontrar algo más con qué alimentarlo!

Los pensamientos de Rey se aceleraron. El AT-AT funcionaría. Tenía suficientes paneles y vigas oxidadas. El gusano no necesitaría mucho, sólo tendrían que llegar ahí a tiempo.

Entonces, el gusano brincó por el aire y se colocó frente a ellos, voló como si fuera una nave espacial despegando de la arena. BB-8 se frenó y empezó a pitar desesperadamente. Rey dio un paso al frente y, con los ojos abiertos al máximo, empezó a agitar su báculo frente al gusano. Los chatarreros no habían mentido: el gusano era enorme. Sus resplandecientes bucles se arqueaban al sacudir su cabeza de un lado a otro. Los parpadeantes ojos apuntaron hacia ellos; Rey aguantó la respiración.

—¡BB-8! ¡Por aquí! —gritó.

BB-8 aceleró, chocó con Rey y casi la tira a la arena.

El gusano volvió a brincar, cayó con fuerza y se lanzó hacia BB-8. El droide dejó escapar un chillido agudo mientras zigzagueaba, tratando de evitar las negras fauces del gusano.

El nightwatcher se estiró y brincó, apenas falló por unos cuantos centímetros en atrapar a BB-8, que corría por la arena.

Rey agitó su báculo tan alto como pudo, esperando así llamar la atención del gusano.

—¡Oye! —gritó—. ¡Por aquí! ¡Mira!

La cabeza del gusano volteó hacia ella e hizo una pausa. Rey y BB-8 se mantuvieron inmóviles. Entonces, el gusano se hundió entre la arena, como si lo hubieran absorbido hacia las profundidades de la tierra.

Silencio. BB-8 rodó hasta llegar al lado de Rey y se pegó a ella. Rey escuchó. No se oía ruido alguno, salvo el susurro del viento nocturno.

El droide pitó de manera casi imperceptible.

¡Fuuuum! Antes de que Rey pudiera hacer algo, el gusano explotó entre la arena, retorciéndose ante el cielo crepuscular.

CAPÍTULO 3

—¡No, de hecho sigue cazándonos! —gritó Rey—. ¡Vámonos!

Una vez más corrieron a toda velocidad hacia el AT-AT. «¡Más rápido, más rápido, vamos!», gritó Rey en su cabeza. Sentía cómo su respiración le llegaba hasta el pecho y unos dolores le acalambraban el costado. El gusano se deslizaba entre la arena detrás de ellos.

BB-8 ya no estaba a su lado. ¿Dónde podía estar? El pequeño droide se había detenido, solo, congelado. El gusano estaba frente a él, con las fauces abiertas, con sus lenguas saboreándolo, listo para atacar.

—¡Hoy no! —gritó Rey, y justo cuando la criatura se abalanzó hacia el frente, ella colocó su báculo verticalmente en su mandíbula, empujando la parte superior de su boca. La chica sintió, en vez de escuchar, el chillido lleno de sorpresa y agonía.

Inmediatamente se arrepintió de haber hecho eso. Ahora no tenía su báculo, lo que significaba que no tenía con qué protegerse. Rey empujó a BB-8.

—¡Muévete! —le ordenó.

Rey volteó a ver hacia atrás mientras corrían. El gusano se sacudía de un lado a otro con el báculo, que aún mantenía su boca abierta. Ella pudo ver cómo el báculo se doblaba un poco y luego un poco más, hasta acabar en forma de «U»; de repente, salió disparado de la boca del gusano.

Rey se lanzó hacia el frente para atraparlo. El báculo giratorio chocó contra sus manos, y ella aterrizó sin problemas, lista para seguir huyendo.

—¡Gracias! ¡Sigue corriendo, BB-8!

BB-8 pitó y siguió rodando.

El gusano volvió a desaparecer: se hundió y se deslizó entre la arena, que parecía correr como un río. El AT-AT estaba cada vez más cerca; Rey podía ver su silueta bajo el sol poniente. Agachó la cabeza y apretó los dientes, corría a toda velocidad hacia el vehículo caído, estaban a punto de llegar a la chatarra que alimentaría al gusano.

La arena se movía como una flecha; el gusano los seguía debajo de la tierra. Rey se detuvo y dio una vuelta cerrada, esperando con eso despistar a la criatura. Pero la arena se siguió moviendo hacia BB-8.

—¡BB-8! ¡Espera! ¡No!

Pero antes de que pudiera tomar al droide, el gusano salió de la arena, con un solo movimiento lo tomó entre sus fauces y se lo llevó bajo tierra. Los pitidos histéricos del droide se silenciaron de repente.

—¡No! —gritó Rey, obligándose a dejar de correr. Quieta, debía permanecer quieta. No iba a perder a su nuevo mejor amigo por culpa de un hambriento gusano. Cerró los ojos, respiró profundo y exhaló. Se concentró en un diminuto punto de luz y no pensó en nada más que en el gusano. ¿En dónde estaba? El gusano no quería lastimar a BB-8, sólo era un animal. Estaba hambriento. Era otro ser vivo y, al igual que ella, sólo quería comer. Ella y el gusano eran parecidos, más o menos.

Rey sintió un poco de compasión por el hambriento gusano y, de repente, un delgado hilo apareció en su mente, como si fuera un poco de esperanza a la cual pudiera aferrarse y que la llevaría directamente al animal. ¡Ahí! ¡Estaba justo al lado del AT-AT! ¡Justo al lado de la chatarra!

Jadeando, Rey corrió hacia el lugar en la tierra donde percibía al gusano. Levantó su báculo en el aire, se sentía como una extensión de su propio cuerpo. Con él lograría su cometido. El báculo se enterró entre la cálida arena.

¡Plaf! El báculo golpeó algo duro: la cabeza del gusano. Frente a ella, apareció el animal y la tiró al suelo. Se elevó poderosamente por el cielo nocturno sacudiendo su cabeza de un lado a otro. Aunque BB-8 seguía entre sus mandíbulas, seguía funcionando; Rey podía ver las luces del droide que parpadeaban.

La chica se lanzó al frente. No estaba pensando, se estaba dejando llevar por sus huesos y músculos. La cabeza del gusano se movía por la arena hacia ella. Ese era el momento que esperaba, antes de que desapareciera de nuevo.

—¡Resiste BB-8! —gritó Rey. Empujó su báculo hacia la boca del gusano y lo atoró justo en la parte posterior del cuerpo del droide. El nightwatcher sacudió la cabeza; Rey por poco pierde su agarre, debido a que la saliva azul de la criatura se escurría hasta su mano.

BB-8 pitaba débilmente pidiendo ayuda.

—¡Resiste! —repitió Rey.

Ella gruñó y empujó su báculo. Las fauces del gusano estaban cerradas, pero el cuerpo redondo del droide era resbaladizo. Si tan sólo pudiera sacarlo de ahí… Rey empujó con fuerza su báculo; de repente BB-8 salió volando de la boca del gusano y cayó sobre la arena.

El gusano volvió a cerrar el hocico y se lanzó sobre la arena hacia la presa que había perdido. Rey también corrió hacia BB-8, escuchaba su aliento. Cuando llegó al droide lo levantó y con toda su fuerza lo aventó a la parte superior de su casa AT-AT. Él aterrizó con un fuerte *¡plaf!* y ella lo siguió.

El gusano nightwatcher levantó la mirada; su cuerpo estaba quieto. De hecho, hasta se veía un poco triste.

—¡Quédate ahí! —le ordenó al droide cubierto de saliva, mientras trataba de zafar algunos paneles oxidados. Uno, dos, tres. Una viga cayó a la arena, junto con los paneles. Eso estaba bien, también podía comérsela el gusano. Otra más cayó. Rey acercó la chatarra al gusano.

—¡Toma! Sé que estás hambriento. ¡Come esto!

El gusano se hundió en la arena, succionó la chatarra y empezó a devorarla. Rey se agachó al lado de BB-8 y escuchó el crujir y los mordiscos bajo tierra. BB-8 seguía goteando baba azul.

—¿Estás bien? —le preguntó Rey.

El droide zumbó con suavidad.

—Me alegro de que esa baba sea tu único problema. —Rey abrazó a BB-8, y juntos observaron la arena hasta que el gusano se llevó el último panel.

—Estamos a salvo —suspiró Rey y se levantó lentamente; se sentía como si le hubieran golpeado todo el cuerpo—. Bienvenido a Jakku —le dijo a BB-8. Luego, levantó su báculo, que también estaba empapado con la baba del gusano—. ¿Qué dices si nos limpiamos un poco?

El droide pitó dos veces.

—¿Que cómo te encontré bajo la arena? —Rey hizo una pausa.

«Concentrándome», se dijo para sí. Era difícil de explicar. Nunca antes le había contado a nadie sobre eso.

—Supongo que tuve suerte —respondió, sonriéndole al droide—. No como tú, mi pequeño amigo.

El droide giró rápidamente y salpicó baba azul en el rostro de Rey.

—¡Oye! —dijo Rey quitándose la baba azul del rostro—. ¡Con cuidado!

El droide pitó y rodó hacia delante. Rey lo siguió, sonriéndose a sí misma. Brincó con delicadeza hacia la arena y colocó a BB-8 a su lado.

—Vamos a limpiarte.

La escotilla del AT-AT, su hogar, estaba justo frente a ellos. La chica tenía un poco de comida y, aunque pareciera chistoso, un amigo también.

Amigo. Le gustaba cómo sonaba eso.

CAPÍTULO 4

Las últimas estrellas nocturnas seguían en el cielo cuando Rey abrió la escotilla del AT-AT a la mañana siguiente. Respiró profundo, mientras saboreaba los restos de humedad antes de que el sol saliera. El cielo gris se expandía aún a lo ancho del desierto. El horizonte hacia el este empezaba a brillar de un hermoso color rosa.

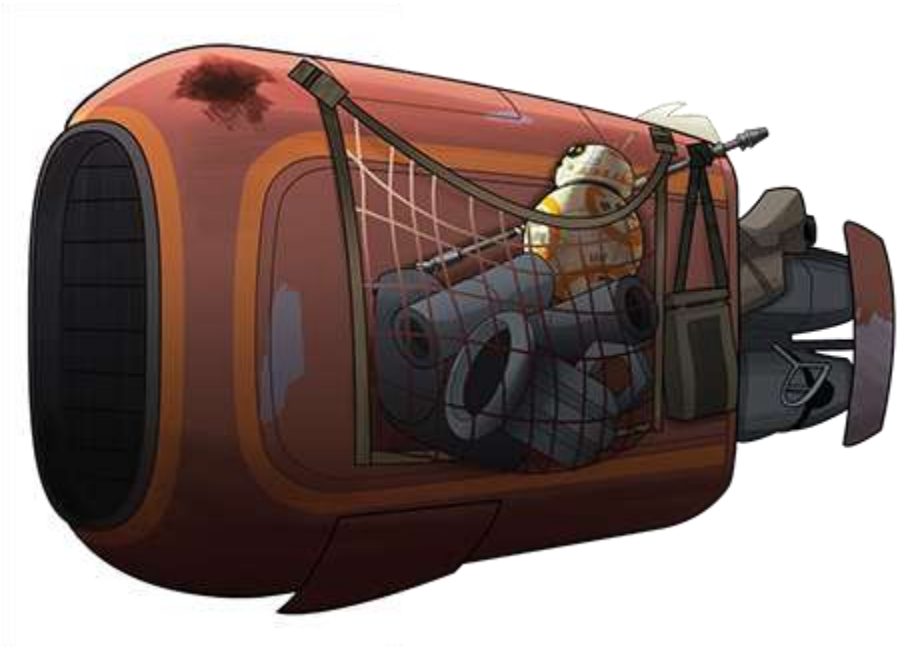
—¡Vamos, BB-8! —dijo, volteando a ver al droide—. Ya estás recargado y yo ya descansé. Es hora de irnos.

Sintió una punzada al hablar. Le había gustado tener compañía por una noche, aunque se tratara de una compañía no humana. Aun así, debía encontrar al dueño del droide.

BB-8 rodó fuera del AT-AT, hacia el speeder, en donde Rey estaba amarrando una red más fuerte. No quería que el droide se cayera a la arena durante el viaje.

—Vamos al Puesto de Niima —explicó, al mismo tiempo que amarraba un clip de su cinturón a la red del speeder.

El droide zumbó emocionado.



—Sé que estás ansioso por completar tu misión —dijo Rey al acomodar al droide en la red y apretar los clips—. Si alguien te está buscando, lo encontraremos en el puesto. Todos en Jakku en algún momento llegan ahí.

De repente, Rey volteó hacia arriba: algo llamó su atención. Entrecerró los ojos y miró hacia el horizonte. Ahí estaba de nuevo, un parpadeo luminoso. Metió la mano en su bolsa y sacó sus viejos quadnoculares. Los había conseguido un año antes. El rastreador automático fallaba, pero aun así le ayudaban a identificar cosas lejanas.

BB-8 pitó desde la red, al lado de ella, cuestionándola.

—Aún no sé qué sea —respondió Rey, girando el disco del rastreador. Descubrió en el horizonte a una pequeña figura sobre un speeder, estaba yendo de un lado a otro, arriba y abajo, acechándolos.

—Teedo… —Rey guardó los quadnoculares en su bolsa—. Regresó por su premio. Tenemos que irnos.

La chica estiró el brazo hacia su speeder para montarlo, pero, antes de poder hacerlo, BB-8 hizo sonar una alarma precautoria.

Rey se dio la vuelta justo a tiempo para ver a otros dos rufianes de Teedo corriendo hacia ella. Logró ver los rostros cubiertos con trapos y los gigantescos goggles que portaban, a la vez que tomaba el báculo de su espalda para golpear con él las piernas de un rufián. El atacante gruñó al caer a la arena. Rey colocó su báculo en la red y brincó sobre el speeder.

—¡Vámonos de aquí! —le gritó a BB-8, acelerando a toda velocidad.

El motor sonó con fuerza mientras empezaban a acelerar; la arena naranja se movía abajo de ellos como si fuera un interminable océano.

BB-8 pitó más fuerte que el motor.

—¡Qué bueno que te guste el speeder! —gritó Rey—. Yo lo construí. No creo que nadie más pudiera manejarlo: ¡es muy quisquilloso!

Lanzó una mirada hacia atrás por encima de su hombro.

Los dos rufianes se habían subido a sus propios vehículos y, muy pronto, ellos y Teedo los estaban alcanzando. El chillido de los speeders más pequeños se volvió más agudo cuando los forzaron al máximo.

BB-8 pitaba desesperado. Todas las luces en su cuerpo se encendían y sonaban inútilmente dentro de la red.

—¡Deja de preocuparte! —exclamó Rey, y aceleró su speeder—. Lo tengo bajo control.

Pero su speeder no podía ir más rápido. No había cómo dejarlos atrás.

—Agárrate fuerte —pidió, bajando la velocidad, mientras BB-8 pitaba con indignación.

Teedo y sus secuaces se colocaron en cada lado del speeder de Rey y le gritaron en su ronco idioma. Rey volteó a la izquierda y a la derecha. Los speeders más pequeños tomaron vuelo para chocar contra ella.

—¡Aquí vamos! —gritó y se sujetó con fuerza, después frenó completamente.

El speeder cayó en picada precipitadamente y los rufianes chocaron entre sí. Rey aprovechó para acelerar, y, al voltear hacia atrás, la inundó una sensación de satisfacción cuando vio los restos de aquellos speeders, apilados como un montón de metal retorcido; había humo saliendo de aquel desastre.

BB-8 celebró desde su red, pitando.

—Gracias —exhaló Rey—. Creo que fue un buen trabajo.

Se estiró un poco, manteniendo el speeder en curso y limpiándose el sudor de la frente con la manga.

—Ya cayeron dos. Sólo falta un teedo —exclamó Rey. Él los seguía detrás en su propio speeder y no estaba muy lejos. Desafortunadamente, él era mucho mejor piloto que sus amigos—. Ven aquí —murmuró Rey, disminuyendo la velocidad de su speeder y esperando que Teedo se acercara, mientras ella se dirigía hacia un destructor estelar que yacía, estrellado, frente a ellos.

Atraído por la lentitud de sus objetivos, Teedo aceleró hasta colocarse justo detrás de ellos.

—Ahora, ¿qué te parece esto? —dijo Rey, acelerando inesperadamente.

El speeder más grande aceleró a toda velocidad, peligrosamente cerca del destructor.

Rey condujo su speeder por el perímetro de la nave estrellada y tomó su báculo de la red. Con él, recorrió la superficie del destructor. *¡Zing!* Una pieza salió volando y chocó directamente con el speeder de Teedo. Lo escuchó maldecir al agacharse, pero mantuvo su rumbo. *¡Zing!* Hizo volar otra pieza de la nave hacia el teedo, y después otra y otra.

BB-8 pitó cuando una pieza le rebotó en la cabeza.

—Lo siento, amigo —contestó Rey.

Delante de ellos, un gran panel estaba suelto. Rey mantuvo el speeder en curso usando sus rodillas y tomó el báculo con fuerza y con ambas manos.

—¡Ugh! —gruñó al zafar el panel con ayuda del speeder.

El pedazo del destructor cayó sobre el teedo, casi lo tira de su nave y lo obligó a reducir la velocidad.

—¡Por fin! —Rey guio su speeder hacia delante, mientras el viento recorría su cabello sudoroso.

—¡Resulta que eres un droide muy popular! Todo el mundo quiere comerte o despedazarte.

El droide pitó.

—¡Sí! —respondió Rey—. Tal como con ese gusano nightwatcher. Vamos a visitarlo.

BB-8 pitó, nervioso.

—Sí, estoy segura de que es la mejor idea. El teedo viene justo detrás de nosotros, así que vamos.

CAPÍTULO 5

Rey se agachó sobre su speeder; navegó alrededor del casco del destructor estelar, buscando una apertura.

—¡Ahí! —gritó, señalando un oscuro hueco y adentrándose en él.

El espacio dentro del casco de la nave era silencioso y oscuro. El viento corría a través de la apertura por la cual había entrado Rey y la arena que se había metido por tantos años formaba una gruesa capa dentro de la nave espacial.

—No entres en pánico, pero este es un nido de gusanos nightwatcher. Uno de los viejos carroñeros me lo contó.

Rey merodeó sobre su speeder, apenas rozando el suelo.

El droide zumbaba con fuerza desde su red.

—Sí soy tu amiga. —Rey detuvo el speeder y se estacionó sobre un pedazo de metal que sobresalía de la arena—. Confía en mí, ya te rescaté una vez, ¿lo recuerdas? ¿Crees que dejaría que te comieran después de haber pasado por tantos problemas? —Rey se agachó al lado del speeder—. ¡Sólo espera! Y deja de hacer ruido. No queremos llamar la atención de un nightwatcher antes de tiempo.

Entonces, escucharon el ruido de un motor y varios choques metálicos que provenían de arriba. Una sombra obstruyó la entrada, y, de pronto, el teedo apareció; al verlos, frenó. Rey brincó de la saliente en donde estaba y se llevó las manos a la cadera.

—Si quieres al droide vas a tener que venir por él, Teedo. Veamos si puedes —dijo, provocándolo.

Desde la red se escuchaban los pitidos frenéticos de BB-8.

—¡Shhhh! —siseó Rey—. ¿No te dije que confiaras en mí?

El teedo estacionó su speeder sobre la arena, sin quitarle los ojos de encima a Rey. Ella sabía que él tenía ciertas sospechas, pero también que no sabía exactamente de qué.

Lentamente, el teedo caminó hacia el borde, en donde colgaba BB-8 dentro de su red. Llevaba un bláster en la mano.

—Vamos —susurró Rey—. Ven, pequeño gusano. Hay un poco de chatarra aquí para ti. Deliciosa chatarra.

Para que su plan funcionara, un gusano tendría que notar su presencia antes de que Teedo llegara a BB-8. Había convertido al droide en una carnaza inmóvil. El teedo dio un paso más, sin quitarle la mirada de encima a su presa. Levantó el bláster. La arena abajo de los pies de Rey se mantenía en total quietud.

—Vamos —repitió.

Teedo dio otro paso. Esperaba una trampa. Otro paso. Rey podía escuchar los latidos de su corazón.

Entonces, bajo sus pies, se formó una onda y se escuchó un murmullo. ¡Un gusano!

—¡Se te acabó el tiempo, Teedo! —gritó Rey, al mismo tiempo que el gusano salió de la arena, boquiabierto, tomó el speeder del teedo y lo arrastró a las profundidades de la arena.

Teedo corrió hacia el casco de la nave, intentando desesperadamente trepar por la pared para llegar a la apertura por la que había entrado.

Logró escalar, salir por la apertura y, después, lo único que se escuchó fueron sus pasos sobre el casco de la nave.

Rey sonrío, se subió a su speeder y aceleró a toda velocidad.

El droide pitaba emocionado a su lado.

Rey serpenteó por el destructor y se dirigió hacia la luz del día.

—¡Teedo va a estar bien! —le gritó a BB-8—, pero va a necesitar una nueva máquina. ¡Gracias! —le gritó al gusano—. ¡Disfruta tu comida!

Dirigió el speeder hacia el Puesto de Niima y, con BB-8 a su lado, voló sobre la arena, directamente hacia el sol naciente.

SABINE
LA NUEVA RECLUTA

Un mensaje de Maz

Bien, tomemos otra taza de té. ¿Ves? Me acabé la mía muy rápido. ¿Tú también? Déjame calentar la tetera de nuevo sobre las piedras. Acércame tu taza; llenaré la tuya primero y después la mía. ¡Ay! ¡Está muy caliente! Me quemé la lengua. Pondré nuestras tazas sobre el pasto: el rocío de la noche las enfriará. Eso nos enseña que a veces tenemos que ser pacientes con el té o con nuestros amigos. Queremos lo mejor para ellos, aun cuando ni siquiera ellos pueden verlo así. Pero un verdadero amigo deja que ellos tomen sus propias decisiones, ¿no lo crees? Y, a veces, ser un amigo puede convertirte en un héroe...

CAPÍTULO 6

—¡Ketsu Onyo! —gritó Sabine Wren desde el panel de control del *Fantasma* y miró fijamente a Hera, la líder twi'lek del Escuadrón Fénix.

—¿Ketsu está dispuesta a ayudarnos en esta misión? ¡Genial! Sus habilidades nos pueden beneficiar mucho.

Ketsu era la amiga más antigua de Sabine, la había conocido en la Academia Imperial, pero no quedaron en los mejores términos, pues Ketsu se unió a un sindicato criminal llamado Sol Negro, un grupo muy hostil. Se reencontraron cuando trató de robar un droide que tenía información valiosa, mientras Sabine estaba en una misión rebelde. En el pasado, habían trabajado como una sola mente en cuerpos separados, pero Ketsu había cambiado: era más dura y estaba más enojada. Estuvieron a punto de pelear, y Sabine se preguntó si Ketsu sería capaz de matarla. Pero antes de que eso sucediera, unas fuerzas imperiales las descubrieron. Usando sus viejos trucos, combinando sus agallas y sus cerebros, lograron escapar… juntas.

Desde entonces, Sabine tenía la esperanza de que Ketsu recapacitara y se uniera a los rebeldes. Había presionado a Hera para que diera una buena misión a Ketsu; pensaba que así podía convencerla de que había un lugar para ella en la Rebelión.

Hera apartó la mirada del radar y levantó la ceja.

—Ketsu abandonó Sol Negro. Sé que sus habilidades son excepcionales, pero recuerda que la última vez que la vimos no estaba lista para unirse a la Rebelión. Si

cambió de parecer, a mí no me ha dicho nada. Está dispuesta a ayudarnos con esta misión, pero únicamente se comprometió a eso.

Se estaban acercando a Ciudad Garel, en donde su misión era asegurar raciones de comida para los necesitados.

—Te dejaré cerca del puerto espacial, ahí te reunirás con Ketsu.

—Muy bien —asintió Sabine, suspirando—. Lo entiendo.

Hera navegó el *Fantasma* cuidadosamente a través del espacio. Abajo de ellas, las luces de Garel brillaban con mayor intensidad a medida que se acercaban al planeta. Mientras buscaba un hangar para estacionar el *Fantasma*, Hera comenzó a hablar sin voltear.

—No siempre es fácil convencer a alguien de que se una a la Rebelión, Sabine. Recuerda eso. Recuerda cómo hasta tú necesitaste que alguien te convenciera. Ella debe tener la voluntad de unirse a otros para incrementar su fortaleza. Acuérdate de eso la próxima vez que te alejes de todos, algo que, además, haces muy seguido.

Hera se dio la vuelta y le lanzó una mirada seria a Sabine, quien agachó la cabeza.

—Ketsu está acostumbrada a trabajar sola y a hacerlo para su propio beneficio. No sé si esté lista para cambiar aún.

Hera volteó su vista hacia los controles.

—Nos aproximamos a Ciudad Garel.Prepárate para aterrizar y empezar la misión.

CAPÍTULO 7

Las cajas se le clavaban en la espalda. Sabine se estiró hacia atrás y empujó una lejos de ella. Esa entrada al puerto espacial de Ciudad Garel estaba casi desierta, lo cual era bueno, ya que no había muchos lugares para esconderse. Sabine no podía dejar de pensar en su vieja amiga, Ketsu. Era ruda, sin remordimientos y despiadada. También, había dado muchas vueltas: trabajó para el Imperio, después como cazarrecompensas y, finalmente, para Sol Negro. Quizás este próximo trabajo la convencería de que el siguiente grupo al que debía unirse era a la Rebelión.

Sabine escaneó el área. Un droide rodaba velozmente, cargando un trapeador. Ella volteó a ver su crono. Ketsu iba retrasada y Sabine estaba comenzando a acalambrarse en su diminuto escondite, detrás de las cajas. Tal vez Ketsu no iba a llegar. Tal vez había decidido que no quería ser parte de esa misión. Sabine suspiró. Al parecer no trabajaría con su amiga de nuevo.

El droide de limpieza terminó lo que estaba haciendo y después desapareció. El lugar estaba vacío y, aun así, no había señal alguna de Ketsu. «Parece que esta será una misión solitaria», pensó Sabine. Activó su comm para informar a Hera. Sus dedos se sentían pesados, como su corazón. Llevó la muñeca hacia sus labios. En ese momento, una delgada figura vestida de negro aterrizó a su lado con un movimiento elegante.

—¡Ketsu! —Sabine resistió las ganas que tenía de abrazar a su amiga; en vez de eso, le dio una palmada en la espalda. Lucía igual que la última vez que la había visto.

Delgada y dura como un cable; su oscuro cabello caía sobre el rapado costado de su cabeza—. No te vi llegar.

Ketsu sonrió como solía hacerlo antes.

—Eso es porque soy buena.

—¿Eso te enseñaron en Sol Negro? —preguntó Sabine.

—Digamos que no siempre prefería sus métodos —respondió Ketsu, torciendo la boca—. Creo que trabajo mejor sola, pero quería ayudar en esta misión.

Sabine fingió revisar su bláster.

—Sabes, Ketsu, no tienes que trabajar sola. Puedes unirte a los rebeldes. Te queremos en la familia.

Volteó a ver a su amiga de reojo. Sabine siempre había podido percibir la gentileza que se escondía debajo de la dura apariencia de Ketsu.

Ketsu frunció el ceño y apretó la quijada.

—Estoy bien. No necesito otra familia, ¿de acuerdo?

—Está bien, está bien —dijo Sabine, sonriendo—, veamos si todavía tenemos esa magia.

Se levantó, se salió detrás de las cajas y, con Ketsu siguiéndola de cerca, presionó un botón en la puerta de la pared posterior del puerto espacial. Ketsu señaló la puerta, que se mantenía cerrada.

—No se abre, Wren —susurró.

Sabine volteó a ver alrededor para asegurarse de que nadie las observara. Tenían que entrar por esa puerta, que daba a la sección restringida. Ahí encontrarían su objetivo, pero el lugar estaba lleno de stormtroopers. Al bajar la mirada, vio su armadura golpeada y rayada, igual que la de Ketsu. La única diferencia era que la de Sabine estaba cubierta con sus diseños feroces. No eran particularmente armaduras que se camuflaran, y Sabine esperaba poder cumplir con la misión sin que las vieran. De nuevo presionó con su pulgar el botón que activaría la puerta. Nada. Estaba asegurada.

—Espera, déjame tratar de resolver esto —dijo al agacharse justo abajo del panel de la puerta; empezó a apretar varios botones.

Ketsu volteó a ver a la izquierda y a la derecha.

—Olvídalo. Hazte a un lado. —Ketsu desenfundó su bláster y una luz azul explotó desde atrás dejando un hueco en la puerta—. No necesitamos ningún código.

—Al menos no cuando estás tú. —Sabine metió la mano por el hueco de la puerta y la activó desde dentro.

—Entremos antes de que alguien venga a investigar qué pasó.

Entraron al puerto espacial; la puerta se cerró justo detrás de ellas. Estaban en un área central de espera, era amplia y había cajas alrededor. El lugar estaba desierto, por el momento. Casi de inmediato, Sabine identificó una puerta restringida con un emblema amarillo, al otro lado del gigantesco lugar. Sabine sacó su bláster y caminó hacia la puerta. Ketsu la seguía de cerca, cubriéndole la espalda.

—Esto me parece familiar, hacer esto juntas —dijo Sabine, mientras avanzaba con seguridad hacia la puerta.

—Lo mismo pensaba. Algunas cosas nunca se olvidan.

Algo se movió en una esquina, y Ketsu de inmediato se dio la vuelta, lista para atacar.

—Ah, es sólo un ratón o algo parecido.

Sabine ingresó el código de acceso en el teclado ubicado al lado de la puerta que las llevaría al área restringida.

—Ahora que ya no estás con los de Sol Negro necesitarás volver a pintar tu armadura. —La puerta pitó y se deslizó hacia atrás—. Yo podría hacerlo. —Sabine siempre pintaba su propia armadura y seguramente Ketsu lo recordaría—. ¿Sabes?, lo necesitarás si te unes a la Rebelión de tiempo completo.

—Te lo agradezco, Sabine. Pero, como dije, no estoy segura de estar lista para unirme a los rebeldes. Me he acostumbrado a trabajar sola y este hábito es difícil de cambiar.

Sabine volteó a ver a su alrededor. El cuarto estaba lleno de cajas, pero seguía sin encontrar el objetivo de su misión. Lejos del cuarto, había un estrecho y oscuro pasillo. Tendrían que atravesarlo para dar con lo que buscaban.

—Tranquila —murmuró Sabine.

Las dos sabían que, mientras más se adentraran al puerto espacial, más stormtroopers encontrarían.

Entraron al pasillo, pero de inmediato Ketsu jaló a Sabine por detrás. Dos stormtroopers armados pasaron por el otro extremo del pasillo. Cuando se fueron, Sabine le señaló a Ketsu que era seguro avanzar. Al final del pasillo encontraron un pequeño cuarto con paredes blindadas y puertas de carga.

—Llegamos. Hera dijo que el cargamento estaría en la plataforma 19. —Sabine volteó a ver las puertas—. Tendremos que atravesarlas para conseguir la comida.

—¿Comida para la Rebelión? —preguntó Ketsu, colocándose a su lado—. No es el tipo de misión que esperaba. No me imaginé liberando sobras de comida. ¿Y si mejor nos encargamos de algunos imperiales?

Sabine inspeccionó las puertas.Estaban fortificadas con tiras de duracero a lo largo de todo su grueso marco.

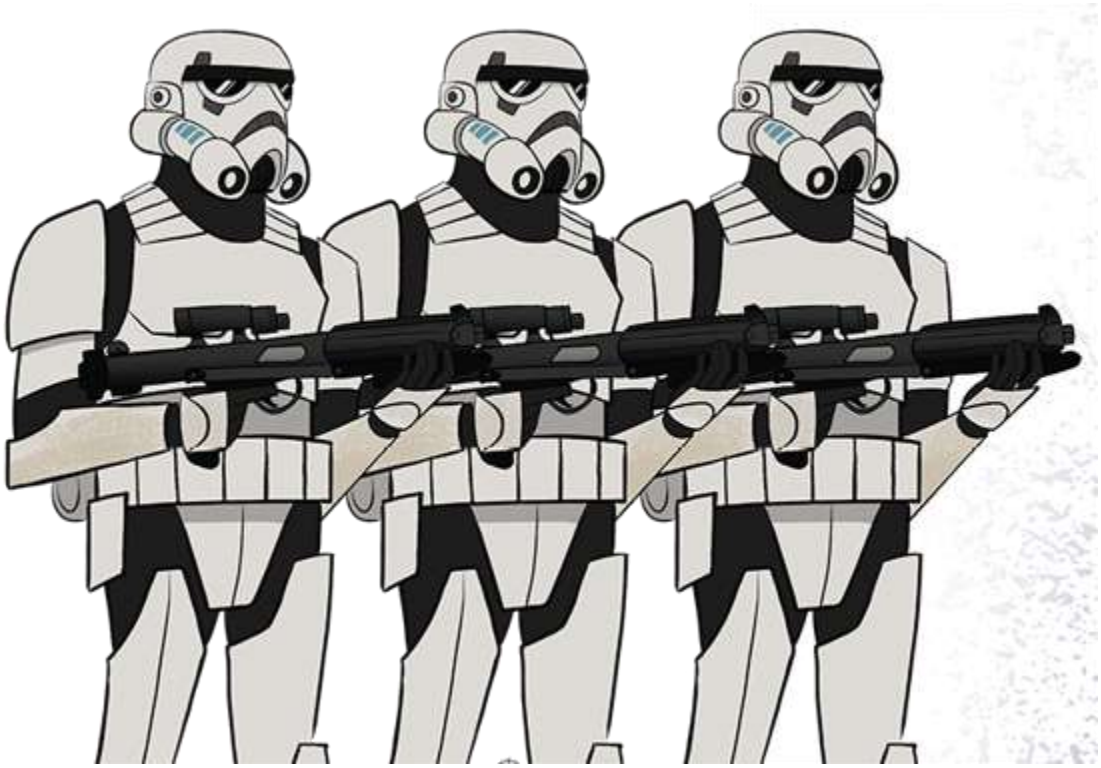
—Bueno, la misión no siempre se trata de combatir. A veces ayudamos a personas necesitadas.

Sabine miraba fijamente el panel de activación. No sabían lo que les esperaba del otro lado de las puertas. Tendrían que estar listas para todo. Sabine tomó su bláster.

—La próxima vez elige una misión un poco más emocionante —bromeó Ketsu.

—Muy bien, pero ya estamos aquí. —Sabine ingresó el código de activación y las puertas se abrieron.

Ahí estaba: el objetivo de la misión, una caja muy específica, justo como Hera lo había dicho. Estaba resguardada por un grupo de stormtroopers, que de inmediato apuntó sus blasters hacia las mujeres.



CAPÍTULO 8

—¡Tal vez hablé de más! —gritó Ketsu, mientras se lanzaban hacia un lado, detrás de una pila de paneles metálicos.

¡Piu! ¡piu! Los stormtroopers dispararon, pero sus descargas rebotaron en los paneles. Ketsu levantó la cabeza por un instante, disparó y después se agachó de nuevo. Sabine apuntó hacia el stormtrooper líder y le disparó directamente en la espalda. De inmediato cayó al suelo.

—¡Muy bien! —gritó Ketsu.

Los stormtroopers corrieron hacia la pila en donde se escondían, por lo que Ketsu se levantó, Sabine la siguió de inmediato, ahora disparando con dos blasters. Ketsu se movía por el suelo, lanzando disparo tras disparo. Impactó a otro de ellos justo debajo del mentón y logró derrumbarlo.

Sabine tomó uno de los paneles de metal y lo usó como escudo, mientras le disparaba a un stormtrooper que se acercaba a Ketsu. El disparo rozó la orilla de la caja de comida y la abrió.

La caja no estaba llena de raciones: un pequeño niño chadra-fan permanecía agachado dentro; tenía los ojos muy abiertos por el miedo y una barra de ración a medio comer en una mano. Debió haber estado a la mitad de su comida cuando comenzaron los disparos.

—¡Un polizonte! ¡Esto se acaba de poner mucho más difícil! —gritó Sabine a Ketsu.

Sabine vio a un stormtrooper que la rondaba y le apuntaba con su bláster.

—¿Querías algo emocionante, amiga? ¡Ahora esto es una misión de rescate! ¿Eso es lo suficientemente emocionante para ti?

—¡Absolutamente! —De pronto, Ketsu corrió hacia el grupo de stormtroopers y noqueó a uno con una patada—. Dulces sueños —gruñó, golpeando a otro en la barbilla. Ese último cayó al suelo con fuerza y su casco rebotó por el impacto. Pero otro disparó y el bláster de Ketsu salió volando. ¡Estaba desarmada!

—¡Qué mal! —se burló el stormtrooper, mientras le apuntaba.

De pronto, un rayo de colores azul y blanco pasó sobre el hombro de Ketsu y golpeó al stormtrooper en el pecho.

—¡Gracias! —gritó Ketsu a Sabine—. Yo voy por el niño; ¡cúbreme!

—¡Entendido! —respondió Sabine, al mismo tiempo que disparaba a los stormtroopers, desviando sus disparos con el panel que había convertido en escudo. Ketsu corrió hacia la caja y sacó al niño de ahí; estaba llorando, así que lo acercó a su pecho, mientras Sabine le cubría la espalda. Ketsu se lanzó atrás de las cajas, aún con el niño en brazos. Sabine recogió el bláster de Ketsu del suelo y se lo lanzó a su amiga. Ketsu salió disparada detrás de las cajas y lo atrapó.

Sabine se agachó tras las puertas abiertas por donde habían entrado y presionó su comm.

—¡Espectro Dos! ¡Necesitamos ayuda! ¡La misión se complicó un poco!

Afortunadamente, Hera estaba atenta a su comm. Sabine suspiró cuando escuchó la voz de Espectro Dos. Sabía que podía contar con Hera.

—En camino, Espectro Cinco.

Entonces, Sabine vio a un stormtrooper aparecer detrás de la caja, apuntándole con el bláster

—¡Ketsu! —gritó.

Ketsu empujó la caja a un lado y se lanzó sobre el niño para protegerlo, aunque el disparo le pegó a ella misma en el hombro. El niño gritó, asustado; Ketsu le disparó al stormtrooper, pero, debido a la herida en su hombro, falló.

Su amiga necesitaba ayuda y Sabine lo sabía. Contorsionándose por el suelo como una serpiente, se acercó a la caja pecho tierra; al llegar, levantó los brazos y le disparó al stormtrooper en la espalda. Este, con un gruñido, se desplomó.

—¡Aguanten un poco más! —gritó Sabine—. ¡Hera ya viene en camino!

Ketsu vio a los stormtroopers que se acercaban hacia ellas.

—¿Y cuánto más falta para que llegue?

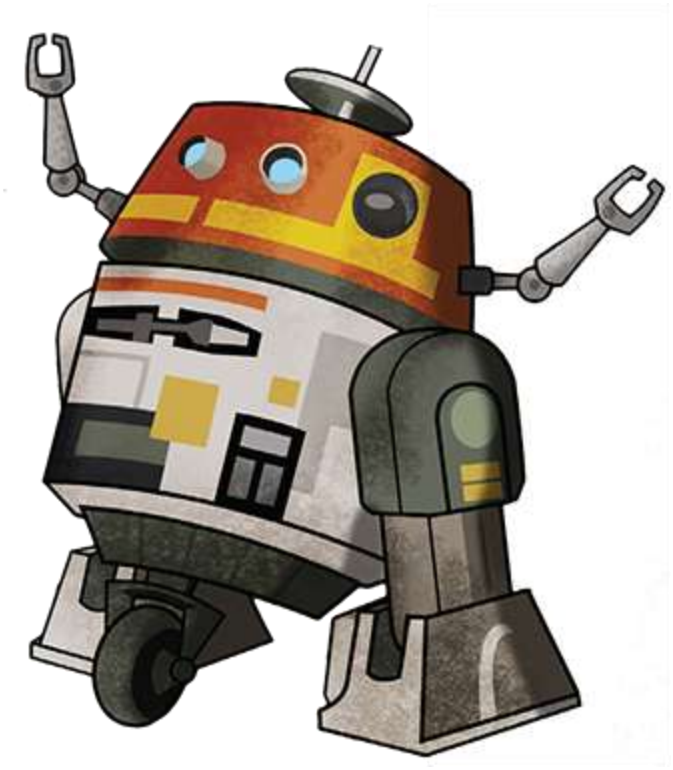
Sus palabras se ahogaron entre el ruido de unos gigantescos motores. Segundos después, una nave gris descendió y el vapor de los motores llenó el aire.

—¡No mucho! —celebró Sabine.

El *Fantasma* disparó un rayo de su cañón, mientras la rampa trasera descendía. Chopper, el droide, les pitó para que se apresuraran. Sabine quería abrazar al droide astromecánico de colores naranja y blanco, pero prefirió tomar al niño en sus brazos. Ketsu disparó una y otra vez hacia los stormtroopers para cubrir a Sabine.

—¡Corre! ¡Corre! —gritó.

Sabine se agachó y corrió hacia el *Fantasma* con el niño, al que se sujetaba fuertemente a su hombro. Unos rayos de luz azul y blanca zumbaron por su cabeza, mientras subía la rampa de abordaje y llegaba a la bodega. Ketsu, que todavía disparaba hacia atrás, se lanzó a la nave, al mismo tiempo que Chopper presionaba el botón para cerrar la rampa.



Sabine agarró al niño con fuerza y se preparó para que los enormes motores del *Fantasma* aceleraran y los llevaran al espacio.

Suspiró. Lo habían logrado: habían rescatado al niño. Ketsu volteó a verla desde donde estaba. Su cara se mostraba manchada de hollín y el hombro de su armadura tenía nuevas marcas de disparos, pero la misma sonrisa de siempre iluminaba su cara.

—Lo logramos, compañera —dijo. Sabine levantó la mano para celebrar.

Al pequeño niño le costó trabajo ponerse de pie; de hecho, tuvo que agarrarse de la pared de la nave para equilibrarse.

—Gracias —dijo, con un tono agudo y musical. Husmeó el aire con su pequeño hocico de murciélago, y Sabine le acarició el cabello.

—De nada —respondió ella—. Sube al puente; Chopper te cuidará. Podrás ver cómo vuela esta cosa.

La expresión del niño se transformó en una sonrisa, la primera que le habían visto desde que lo encontraron, y corrió por la nave, mientras el droide lo seguía de cerca.

Hera entró a la bodega, sonriendo.

—Bien hecho, equipo —les dijo, con las manos en la cadera—. Me imaginé que juntas serían más fuertes.

—Fue divertido trabajar juntas de nuevo —suspiró Sabine, descansando las manos sobre sus rodillas.

—Me da gusto poder ser tu compañera de equipo, Wren —respondió Ketsu en voz baja—. Quería serlo.

Sabine volteó a ver a su amiga mientras Hera las miraba a las dos.

—Lo fuiste. En verdad fuiste mi compañera de equipo. No lo habría podido lograr sin ti. Hera tenía razón: dos pueden ser más fuertes que uno.

—¿Y tú, Ketsu…? —interrumpió Hera—. ¿Cómo te sentiste al pelear por la Rebelión?

—¿Sabes? —respondió Ketsu, sonriendo—, no se sintió nada mal. Ser parte de algo que lucha por el bien… Hace mucho tiempo que no lo hacía. Creo que demasiado tiempo.

—Yo también lo creo —asintió Sabine, sonriendo a su amiga.

CAPÍTULO 9

—¡Deja de moverte! —Sabine se acercó al hombro de Ketsu; lo pintaba con delicadas pinceladas—. Ya casi acabo —exclamó, al decorar el último pedazo de amarillo. Bajó el pincel—. ¡Listo!

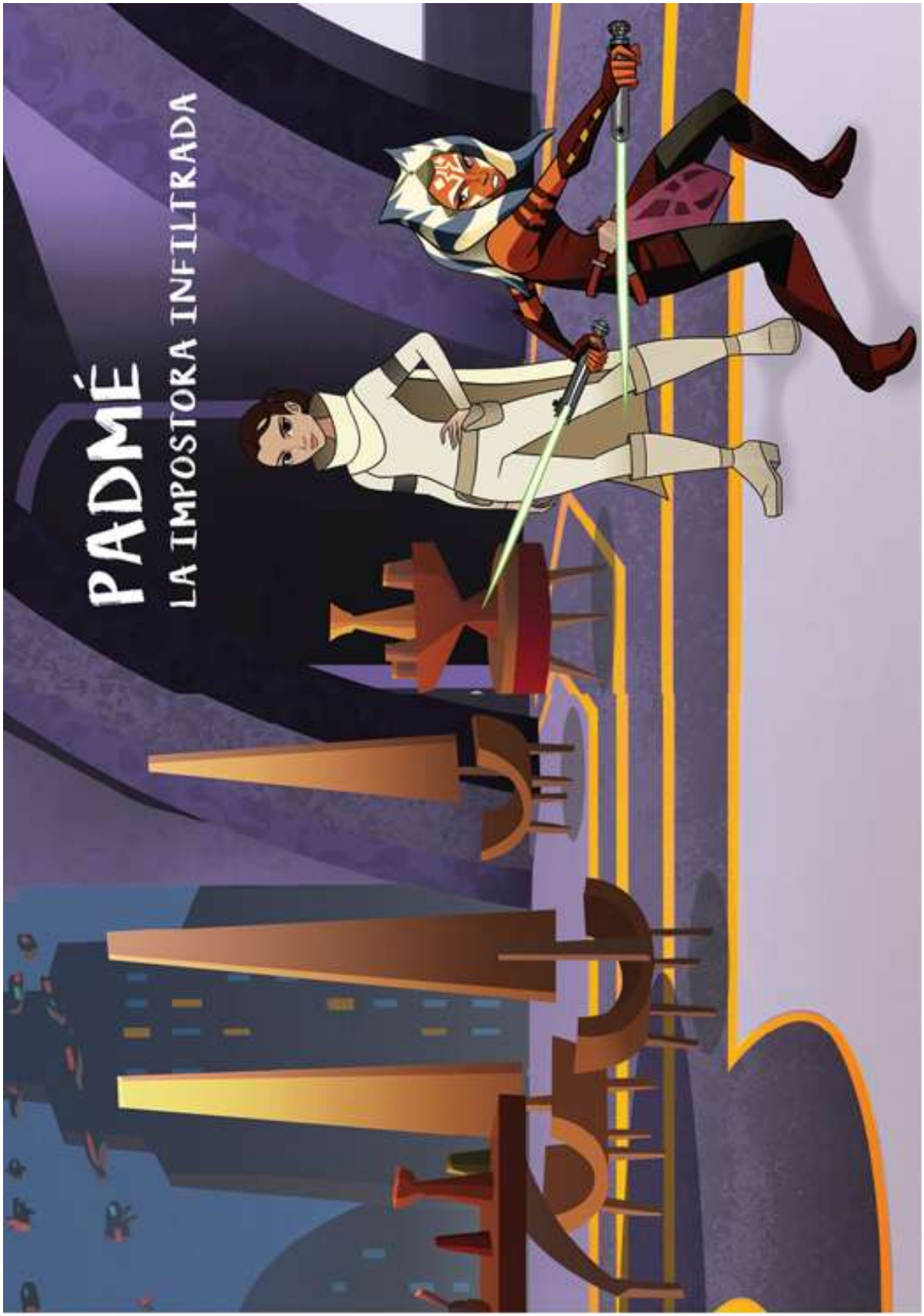
Ketsu estiró el cuello y juntas vieron el símbolo del Escuadrón Fénix pintado en su armadura; tapaba la marca que los de Sol Negro le habían hecho alguna vez. Ketsu suspiró.

—Es perfecto.

Se levantó, se paró derecha y estiró la mano.

Sabine se colocó frente a su amiga y estrechó su mano.

—Bienvenida a la Rebelión.


PADMÉ
LA IMPOSTORA INFILTRADA

Un mensaje de Maz

Nuestra fogata se está apagando. Tengo madera ahí; ¿me ayudas? Pon otras ramas más, las de pino, pues tronarán en la noche y harán que brote una lluvia de chispas que iluminará nuestro camino. ¡Hemos platicado tanto que nuestro té ya se enfrió! Toca mi taza con tu mano. Está fría, ¿verdad? Tú alimenta el fuego, y yo calentaré el poco té que queda.

Como te decía, a veces las pequeñas acciones son lo que realmente importa. Esos simples gestos pueden ser los más amables. Y, bueno, esa amabilidad podría convertirte en un héroe. Hacer algo por un amigo puede ser el gesto más heroico de todos.

CAPÍTULO 10

Padmé corrió por el blanco pasillo de mármol del Templo Jedi, en Coruscant; sus pisadas hacían eco entre las elevadas paredes y el techo abierto; su capa morada flotaba tras ella.

La habitación de Ahsoka Tano estaba al final del corredor.

«Espero que esté de acuerdo en ayudarme», pensó Padmé. «La necesito».

Se detuvo frente a la puerta de metal cerrada y tocó dos veces en su lisa superficie.

—¿Sí? —se escuchó la conocida voz de Ahsoka desde el interior—. Pase, por favor.

Padmé deslizó la puerta y entró.

—Ahsoka, vine… —Pero entonces se detuvo—. ¡Oh! Lo siento, no sabía que estabas meditando.

Ahsoka estaba sentada, inmóvil, con las piernas cruzadas en el suelo, en medio del cuarto. Un delgado colchón cubierto con una sábana, una mesa pequeña y un sencillo armario eran los únicos objetos en la habitación. La luz del día entraba por una persiana abierta y caía en una de las paredes.

—Ya terminé —dijo Ahsoka, abriendo los ojos y poniéndose de pie—. Es bueno verte, senadora, pero me sorprende que hayas venido al templo. ¿Está todo bien?

Padmé sacudió la cabeza y caminó hacia la ventana. Volteó a ver las concurridas calles de Coruscant, abajo de ellas.

—No, me temo que no. Mañana ofreceré una cena para los delegados arturianos.

—¿Y quisieras que me mantuviera atenta? —preguntó Ahsoka.

—Sólo que revises mi edificio antes del evento —explicó Padmé—. No debe tomar mucho tiempo. Sé que es un gran favor…

—No si es para ti —interrumpió Ahsoka—. Has estado en mis pensamientos últimamente, Padmé. He escuchado sobre los posibles intentos de asesinato contra ti y me alegra poder ayudarte. Pero, tienes a tu disposición al Capitán Typho; estoy segura de que él podría asegurar las inmediaciones.

—No, te quiero a ti —dijo Padmé, tomando las manos de Ahsoka entre las suyas—. Necesito los talentos de una jedi, y en ti puedo confiar ciegamente. Eres muy hábil; lo sabes. Por favor. Te lo pido como una ayuda hacia mí.

Ahsoka hizo una pausa y después asintió.

—Por supuesto, Padmé. Será un honor poder protegerte.

—Gracias, Ahsoka —suspiró Padmé—. Eres muy generosa. Este evento es muy importante y nada puede salir mal.

CAPÍTULO 11

La siguiente tarde, Padmé alzó la mirada del plato de frutas que estaba arreglando en la cocina. Escuchó pasos en las escaleras. Ahsoka debía estar revisando el exterior del edificio. La padawan ya había terminado de inspeccionar el hogar de Padmé y lo había declarado como un espacio seguro.

Padmé colocó las moras en su lugar y caminó fuera de la cocina, con el plato en sus manos. Los espaciosos cuartos azules parecían brillar, debido a la luz dorada que emanaba del sol, el cual comenzaba a esconderse. A través de los ventanales, que se extendían del suelo hasta el techo, los rascacielos de Coruscant resplandecían como lanzas de cristal.

En el interior, se escuchaba música tranquila; el aroma de varios arreglos florales, colocados en cada superficie, inundaba los cuartos. Padmé volteó a ver un espejo en la pared. Estaba contenta de haber decidido usar un simple traje de color crema y una capa del mismo tono. Su cabello estaba recogido en un elegante peinado.

—¿Padmé? —preguntó Ahsoka, al entrar por la puerta—. Ya terminé de revisar el perímetro exterior. Todo está seguro.

De inmediato, se limpió la mano en su túnica y la embarró de tierra. Padmé fingió no haber visto aquel gesto. Sabía que a veces Ahsoka podía sentirse fuera de lugar en espacios elegantes.

Padmé sonrió y colocó el plato sobre la mesa en la que cenarían, en esta también brillaban costosas copas y platos.

—Aprecio tu ayuda, Ahsoka —aceptó Padmé, sonriendo—. Estas negociaciones con los delegados arturianos son muy importantes y hay muchas personas que no quieren que sucedan. De hecho, no sería mala idea si te quedas un poco más.

Padmé siguió la mirada de Ahsoka, mientras la togruta inspeccionaba con sus ojos los enormes sillones, las alfombras tejidas a mano y las mesitas de madera talladas y recién pulidas. Algunos tazones de frutas y dulces estaban acomodados elegantemente sobre una larga mesa; al lado, una mucama que vestía una túnica negra arreglaba los floreros con azucenas y vides. Ahsoka sacudió la cabeza.

—Gracias, Padmé, pero platicar con políticos no es lo mío.

Padmé abrió la boca para cuestionar el asunto, pero decidió asentir y tomar la mano de la chica.

—Entonces será para la próxima vez. Insisto.

Ahsoka se veía aliviada y decepcionada al mismo tiempo. Agachó la cabeza en señal de respeto, se dirigió hacia la puerta y de pronto se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó Padmé, frunciendo el ceño.

—La mesa… Hay algo extraño en la mesa.

Ahsoka se acercó, analizó su contenido y después levantó la mirada hacia Padmé.

—¿Por qué colocaste cubiertos? Los delegados arturianos no los van a usar y hasta podrían encontrarlos ofensivos.

Padmé volteó a ver la mesa; la padawan tenía razón. Había tenedores, cuchillos y cucharas al lado de cada plato.

—No sé por qué están ahí. Fui muy específica en mis instrucciones, pedí que no los pusieran.

Padmé pudo ver cómo el cuerpo de Ahsoka se tensaba. Una ligera sensación de nerviosismo recorrió a Padmé.

—¡Disculpa! —llamó a la mucama de la túnica negra.

La mujer se dio la vuelta y sacó un bláster. Por un momento nadie se movió, hasta que Ahsoka jaló a Padmé para que quedara detrás de la mesa, justo en el momento en que la mucama disparaba.

—¿Padmé? ¿Ella está en la lista de invitados?

—¡No, no lo está! —gritó Padmé dando un paso atrás, mientras Ahsoka la protegía con su brazo.

La mujer empezó a correr hacia ellas con un rugido, pero de pronto se convirtió en algo más: la cara de la mucama se transformó en el rostro de la cazarrecompensas Cato Parasitti, quien tenía la habilidad de cambiar de forma según lo requiriera. Ahsoka empujó a Padmé hacia la pared y se colocó frente a la senadora. Padmé ahogó un grito, su corazón latía con fuerza.

Cato se lanzó hacia ellas con una velocidad impresionante. Padmé ya había enfrentado a Cato antes, pero había olvidado lo rápido que podía moverse esta cazarrecompensas. Ahsoka se movió hacia la derecha y tomó a Padmé, que seguía contra la pared. Un intenso dolor recorrió el codo de Padmé cuando Ahsoka la lanzó de nuevo atrás de la mesa.

—¿Cómo logró…? —empezó a decir Padmé, pero sus palabras se ahogaron con el ruido de una silla que Ahsoka le lanzó a Cato. La cazarrecompensas se tropezó con la silla, lo que le dio a Ahsoka el tiempo suficiente para desenfundar sus sables de luz.

Padmé, desarmada, se agachó detrás de la mesa. Sus manos ansiaban sujetarse a un bláster. La cazarrecompensas, con el suyo en mano, disparó una vez más.

—¡Ah! —gritó Ahsoka, agachándose; el disparo apenas falló, pero alcanzó las persianas, que de inmediato se incendiaron.

Ahsoka encendió sus dos sables de luz y Cato disparó de nuevo. La padawan desvió el tiro con un movimiento hacia arriba, algo que Padmé sospechaba que le había enseñado Anakin, y caminó hacia su enemiga agitando los sables de luz. El aire se llenó de humo por las cortinas incendiadas. Un poco de sudor recorrió un costado del rostro de Ahsoka, quien con un gruñido obligó a Cato a retroceder, un paso tras otro. Entonces, la cazarrecompensas sacó un objeto pequeño de su cinturón.

Padmé se arrastró entre los escombros. Si pudiera llegar a Cato por detrás, seguro podría tirarla, pero de pronto vio algo grande y gris pegado bajo la mesa. Padmé lo vio fijamente, aunque sus ojos le ardían por el humo. Era un cubo metálico que parpadeaba con luces rojas. Colocó su mano sobre él y sintió la vibración que emanaba de su interior, como si el cubo tuviera un reloj interno. De pronto supo lo que era y también lo que Cato tenía en la mano.

—¡Ahsoka! —gritó, recorriendo el cubo con su mano para tratar de encontrar un botón, una palanca, lo que fuera—. ¡Es una bomba! ¡Instaló una bomba! Tiene el detonador en la mano. ¡No puedo desarmarla!

CAPÍTULO 12

—¡Aviéntamela! —gritó Ahsoka.

Usando todas sus fuerzas, Padmé empujó la mesa hacia Ahsoka, quien, usando su sable de luz, cortó la mesa alrededor de la bomba. La padawan se concentró en la bomba y, con ayuda de la Fuerza, la empujó por los ventanales al otro lado del cuarto.

Una explosión estremeció el cuarto cuando la bomba explotó afuera. Detrás de Ahsoka, la cazarrecompensas se dio la vuelta y corrió hacia la salida.

—¡La puerta! —gritó Padmé, alertando a Ahsoka.

Ahsoka se dio la vuelta y vio a Cato correr sobre la mesa rota. Padmé encontró una vasija de metal y con un movimiento rápido golpeó a Cato en el rostro. La cazarrecompensas gruñó, cayó al suelo y se golpeó la cabeza en el duro piso de piedra. Se retorció una vez y después permaneció inmóvil.

Ahsoka se detuvo de inmediato, aún con sus sables de luz en las manos. Todo quedó casi en silencio: sólo se escuchaba el crujido de las flamas. Padmé corrió hacia la ventana, descolgó las cortinas y pisoteó el fuego hasta apagarlo. Ahora el único ruido era el de sus pisadas y el de su respiración. Por fin, el fuego se apagó.

La senadora caminó hacia Ahsoka, jadeando, y se detuvo junto a ella. Juntas contemplaron a Cato; sus ojos estaban cerrados y, aunque no se movía, sí gemía y se quejaba. Entonces, Ahsoka volteó a ver a Padmé.

—Lo de la vasija fue un buen truco. ¿Sabes?, a veces me recuerdas mucho a Anakin.

Padmé bajó la mirada y vio que su traje color crema estaba quemado y manchado. Levantó la mano para sentir su peinado, pero el cabello ahora le caía por la espalda. Sonrió. El comentario de Ahsoka significaba mucho para ella.

—Gracias, Ahsoka —agregó—. Si me permites decirlo, fue muy afortunado que estuvieras aquí esta noche.

Las dos voltearon alrededor; todo estaba destruido, había pedazos de platos y cristales rotos por todas partes. El viento soplaba en la ventana por donde habían aventado la bomba. El sillón estaba volteado. El candelabro se había caído del techo, explotando en mil pedazos al chocar contra el suelo. Ahsoka hizo un gesto de dolor.

—Siento mucho lo de la fiesta, Padmé.

—Bueno, parece que las negociaciones tendrán que posponerse. —Padmé sonrió.

—En ese caso —dijo Ahsoka, riendo relajadamente—, creo que sí me quedaré. No quisiera que toda esa comida se desperdiciara.

Padmé le entregó una escoba y juntas empezaron a limpiar el desorden.

Un mensaje de Maz

Ya casi se termina el té. Pronto sólo quedarán hojas en el fondo de la tetera. Ten. tómate la última gota. Has escuchado muchas historias. Ah, gracias. Me tomaré el último trago. Lo del fondo siempre es lo más fuerte. ¿Sabes?, ser un héroe significa... dar un paso adelante. Sin importar lo que suceda. Ah. El té es perfecto. Gracias. Y gracias por escuchar mis historias.

¡ESPERA MÁS AVENTURAS EN EL SIGUIENTE LIBRO!